

XIII

El carácter de Amelia había sufrido una extraordinaria y hermosa transformación desde que Isabel se hallaba á su lado.

Nada hay que aproveche tanto á las jóvenes como el ejemplo, sobre todo, cuando éste es constante, y no parece sino la consecuencia de un bello y apacible carácter.

Lo que no alcanzan con los caracteres indómitos las reflexiones, y aun las reprensiones más duras y más acerbadas, lo logran la suavidad y el buen ejemplo.

Amelia, adorada por su padre, y adorada por su abuela, respetaba á éstos mucho menos que á su señorita de compañía.

Isabel no era alegre; pero, á pesar de esto, Amelia advertía al instante en su rostro el más leve aumento de tristeza.

Un día en que la anciana Duquesa se quejaba amargamente delante de Isabel de los ex-

cesivos gastos de la casa, ésta le dijo con timidez.

—Señora, y ¿por qué V. E. no los reduce algún tanto?

—¿Y de qué modo? preguntó la dama: yo nada entiendo de esos cuidados mecánicos: en toda mi vida he sabido hacer otra cosa que dar el dinero que me han pedido: pero ¿no es verdad que estos criados de ahora me roban y me arruinan la casa?

—Señora, repuso Isabel: los criados, hasta los mejores, descuidan la casa si ven que no son vigilados.

—¿Pero no tengo para eso un ama de gobierno?

—Que es otra criada.

—Y de la que nadie se cuida, añadió Amelia: ella hace todo lo que quiere, y lo que quiere está reducido á llevarse la vida todo lo descansada posible.

—Tienes mucha razon, hija mia: pero ¿cómo remediarlo? ¿Te he de obligar á tí á cuidar de esa gente?

—¿Yo? ¡jamás! exclamó Amelia espantada.

—Lo mismo digo yo: de modo que es un mal sin remedio.

—Puede tenerlo si V. E. quiere, dijo Isabel.

—¿Qué dice Vd.? ¿que puede tenerlo?

—Sin duda: solo con que la señora Duquesa lo desee.

—¡Pues si no hay nada que yo desee tan vivamente!

—Pues bien: concédame V. E. su permiso para ponerme al frente de la casa.

—¿Usted, señorita?

—Sí, señora.

—¿Va Vd. á tomar sobre sí ese difícil cargo?

—Lo haré con la mejor voluntad, si así complazco á V. E.

—No solo me complacerá Vd., sino que me hará el mayor beneficio: hija mia, cada dia exige la vida mayores gastos: todos los artículos de la casa han subido un doscientos por ciento: las modistas son tambien mucho más caras: y es el caso que yo no sé cómo remediar este mal.

—No solo está la vida cara, señora, dijo Isabel, sino que los criados la hacen ser más cara aún, por su falta de cuidado y de interés: yo estaré á la vista de ellos.

—¡Ay, hija mia! exclamó la Duquesa: no se puede Vd. figurar el monstruoso gasto que te-

nemos; así es, que se consumen las rentas de mi hijo, las mias, y casi todos los años se vende una finca!

—¡Vender! exclamó asombrada Isabel.

—¡Vender, sí! ¿qué hacer, si no basta?

—Debe bastar, señora: y yo haré lo posible para que esta rica y noble casa no venga á ménos.

Isabel podia cumplir lo que ofrecia, por lo que toca al buen gobierno de una casa: pero ¡de cuántos sinsabores se vió rodeada! los criados, á pesar de su prudencia y dulzura, se convirtieron en sus más mortales enemigos, y algunos de ellos, tales como Anita, se despidieron al ver que no podian hacer su negocio.

Isabel tranquilizaba á la Duquesa, que era señora de muy cortos alcances, y se afligía como si no hubiera de hallar otros servidores.

—¡Ay Dios mio! exclamaba: ¿con que no hay otro remedio que dejarse robar, ó vivir sin criados? yo no sé qué es peor.

—Lo peor de todo, señora, respondió Isabel, es tener dentro de casa gente infiel y mala: no importa que se marchen los que no quieran estar porque se les exige honradez.

La jóven, para suplir la falta de los ausen-

tes, tomó sobre ella los cargos que desempeñaban hasta el día en que se recibieron otros nuevos, prévios los necesarios informes de su fidelidad y buena conducta.

Isabel los aleccionó con su acostumbrada paciencia y dulzura, imponiéndoles de sus obligaciones y exhortándoles á cumplirlas con la seguridad de que serian recompensados.

—Usted se quedará con el arreglo de la casa, hija mia, dijo la Duquesa á Isabel; no sabe usted la diferencia del presupuesto de este último mes á los anteriores: creo que si siguiéramos así, podría comprar una finca cada año, en vez de venderla.

—Mamá, dijo Amelia: segun asegura Isabel, *á rio revuelto, ganancia de pescadores.*

—¿Qué quiere decir eso? preguntó la Duquesa.

—Eso quiere decir, mamá, que donde no hay gobierno, nada basta: yo voy tambien á economizar en mis gastos de tocador, para ver si ahorro algo para limosnas: todo se lo lleva la modista, y no me quedan cada mes ni dos duros para un pobre, y eso que el socorro á los mendigos es uno de mis mayores placeres.

—Señorita, dijo Isabel: no es la miseria que se ostenta por las calles la más digna de lás-

tima: hay otra más dolorosa, que Vd. no conoce.

—¿Y dónde está?

—¿Dónde? ¡en todas partes! ¡yo la he probado! ¡yo la he sufrido!...

—¡Usted! exclamó la Duquesa.

—Yo, señora.

—¿Pero dónde? ¿cómo?

Isabel contó entonces cómo había venido á Madrid sin otra recomendacion que la de Doña Ursula, y lo que había sufrido al lado de la cuñada de ésta, la gruesa y egoísta Doña Escolástica.

—Pero no quiero molestar á Vds. ya con la relacion de mis desgracias, prosiguió Isabel: hay muchas personas más infelices de lo que yo lo he sido, y eso que lo he sido mucho: junto á la casa de Doña Escolástica, había una pobre mujer, madre de cinco niños pequeños, y de la cual me acuerdo no pocas veces con profundo dolor.

—Mamá, ¿quieres que vaya á verla con Isabel? preguntó Amelia: y luego iremos á ver á Camila: si no quieres que vayamos solas, acompañanos tú, y te quedarás en el coche.

—Vamos allá, dijo la Duquesa: ve á vestirte; y Vd. también Isabel, que aquí las espero.

La niña salió radiante de alegría, y poco despues volvió, siguiéndola Isabel, que la había ayudado en su *toilette*.

Amelia estaba encantadora.

Nunca había estado ataviada con tanta sencillez, y nunca, sin embargo, había parecido tan bonita á los ojos de su abuela.

Isabel llevaba un traje de seda oscuro, un pequeño paletot negro, y un sombrerito muy sencillo.

—¡Dios mio! ¿qué es lo que tienes hoy, Amelia? exclamó la Duquesa: ¿qué vestido es ese?

—¡Mamá, el de color de lila que tengo hace un año! respondió la jóven.

—¡Si parece otro nuevo!

—Es que Isabel lo ha arreglado un poco.

—¿Arreglado, y lo había hecho Mme. Boliné?

—Sin embargo, lo ha arreglado.

—¡Y no hay duda! ¡ahora está mucho mejor!

—¡Cómo que ahora sienta bien á mi talle y antes no!

—¡Esta niña tiene unas manos divinas! ¿y ella? ¡oh! ¡su traje es una maravilla de elegancia!

—¡Pues es obra suya, mamá!

—¡Quién lo había de decir! ¡yo creí que solo

las modistas, y las modistas francesas, eran las que sabían hacer así los vestidos!

—Desde hoy, si la señora Duquesa quiere, los haré yo, dijo Isabel, ya que tengo la dicha de que le agraden.

—¡Y cómo si me agradan! ¡pero hija mia, el que Vd. los haga no es posible!

—¿Por qué, señora?

¡Porque es una tarea inmensa! ¿Vd. sabe los trajes que para Amelia y para mí hace cada año la modista? pues pasan de cincuenta.

—Y la señora Duquesa y la señorita los rompen ó los deshacen todos?

—¡Si quedan todos nuevos!

—¿Y no cree la señora Duquesa que ese dinero en vestidos es un capital muerto?

—¿Un capital?

—¿Cuánto costarán próximamente la tela y las hechuras de esos cincuenta trajes y sus accesorios de chales, paletots, manteletas y sombreros?

—¡Ay, Dios mio! ¡un dinerall!

—¿No sabe, poco más ó ménos, cuánto la señora Duquesa?

—¡Jamás me he detenido á pensarlo, porque me da miedo!

—De esta suerte, señora, no sabe V. E. lo que gasta.

—No, hija mia.

—Pues, señora Duquesa, hay espantos saludables, y de esa clase sería el que V. E. sintiera al saber lo que le cuesta ese equipaje casi régio.

—¿Pero cómo remediar tal descalabro? nuestra clase...

—Yo sé, señora, que en las grandes capitales, como Lóndres y París, las damas tienen por lo general pocos trajes.

—¿Qué dice Vd.? yo creí que los tenían á cientos.

—Dicen que se hacen un par de ellos y que los llevan siempre: así que se deslucen, se hacen otros, y dejan aquellos para sus doncellas: de esta suerte, los trajes se aprovechan, aun despues que sus elegantes poseedoras los desechan, y éstas visten siempre de moda.

—No es mal método, y no lo echaré en olvido: ¡pero yo creí que la elegancia era tener muchos trajes!

—Mamá, vamos por Dios: estoy deseando que Camila conozca á Isabel, dijo Amelia, y antes tenemos que ir á socorrer á esa pobre mujer.

—Y ahora que me acuerdo, dijo la Duquesa:

en casa hace falta un ama de gobierno: si esa Doña Ursula se hallase vacante, podría venir aquí.

—¡Oh, señora! exclamó Isabel: ¡no puedo expresar á Vd. cuánto me alegraría esa adquisición para V. E., y cuánto ganaría con ella su casa!

XIV

Al llegar á casa de los esposos tenderos, cuyas señas conservaba por escrito Isabel, se apearon ésta y Amelia, que ardía en deseos de hacer su primera *limosna á domicilio*.

La Duquesa se quedó en el coche.

Isabel entró primero en la casa inmediata á la tienda de Doña Escolástica, que, con gran admiración suya, estaba cerrada.

En la portería se hallaba Felipa rodeada de sus hijos: desde la puerta se oían los quejidos de su marido enfermo.

—¡Ah, señorita! exclamó la pobre mujer al ver á Isabel, y saliendo á su encuentro con el niño menor en los brazos: ¡cuántas novedades tristes en el tiempo que Vd. falta de aquí! mi pobre marido está peor, mi hijo mayor está también muy malo, y Doña Escolástica y su marido...

—¿Qué les sucede?

—Han tenido que cerrar su tienda y ha venido la justicia á embargarles todo.